

Una trayectoria crítica. Entrevista a Saúl Jerónimo Romero

Susi Wendolin Ramírez y

Luis Alberto Garduño

Universidad Autónoma Metropolitana

-Azcapotzalco



Resumen

Esta entrevista tiene como objetivo realizar un recorrido por algunos de los momentos más significativos del itinerario que siguió durante los primeros años el Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco desde la mirada de uno de sus fundadores: Saúl Jerónimo. Quien junto a Silvia Pappe y Carmen Valdés fueron centrales en la creación de este proyecto académico que acaba de cumplir 30 años de vida. A lo largo de este diálogo irán apareciendo algunos elementos particulares de la vida académica de nuestro entrevistado, sus caminos, decisiones, curiosidades teóricas y metodológicas que lo llevaron a plantear preguntas hasta cierto punto distintas para el campo disciplinar de los estudios históricos en la década de 1990 en México. Cuestionamientos que lo llevaron por un camino reflexivo en el que al poco tiempo se encontró con otras y otros colegas con los cuales compartía esas inquietudes y echaron a andar un programa académico *sui generis*, tanto por los intereses teóricos que cultivaban como por la modalidad en que se impartía.

Palabras clave: entrevista, trayectoria, historiografía crítica, posgrado en Historiografía

El 14 de noviembre del 2024 Susi Wendolin Ramírez y Luis Alberto Garduño realizamos una entrevista al profesor Saúl Jerónimo en la Unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), en la que se abordó su trayectoria académica y su importante contribución a la consolidación del Posgrado en Historiografía a lo largo de sus primeros treinta años de existencia. Este esfuerzo forma parte de una serie de entrevistas a los profesores de este programa académico que se publicarán en esta revista.¹

S: Buenas tardes, es un gusto compartir este momento contigo, gracias por aceptar la invitación y tener la disposición de tiempo para esta entrevista. Para comenzar, nos gustaría abordar tu trayectoria académica. ¿Cómo fue tu formación de licenciatura y posgrado? y ¿cómo fue tu ingreso a la planta académica de la UAM-Azcapotzalco?

SJ: Muchas gracias por invitarme a esta entrevista, verdaderamente me hace muy feliz hablar de esta relación que lleva ya 30 años con el posgrado en Historiografía. Lo primero que quisiera decir es que mi formación académica es fundamentalmente en Historia. Cuando estudiaba en el Colegio de Ciencias y Humanidades (bachillerato perteneciente a la UNAM) me interesaban las ciencias sociales en general y en el momento en que tuve que elegir la carrera mi padre me trajo una guía de licenciaturas de la UNAM, al revisarla me enteré de que existía la carrera de Historia. Así después de meditar un tiempo consideré que esa profesión reunía a las ciencias sociales y a las

¹ A lo largo de la entrevista se utilizan las siguientes abreviaturas Dra. Susi Ramírez (**S**), Mtro. Luis Garduño (**L**) y Dr. Saul Jerónimo (**SJ**).

humanidades, por lo que al poco tiempo ingresé a la licenciatura en Historia en Acatlán, que entonces era Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán (ENEP Acatlán).

La formación que recibí en esa institución universitaria fue muy completa, ya que, a diferencia del plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras donde uno elegía sus materias, en Acatlán había cuatro ejes de materias: el primero estaba relacionado con la historiografía, el segundo con la historia de México desde la época prehispánica hasta mediados del siglo XX; el tercero con la historia mundial, incluso estudiábamos materias que tenían que ver con China y Medio Oriente. Era una formación enciclopédica que de alguna manera también daba una visión de conjunto del conocimiento histórico.

En el primer año llevábamos un tronco general de asignaturas, con materias como epistemología, lingüística, principios de economía y otras, lo que nos permitió tener una idea distinta del quehacer del historiador. Al final tenía unas materias relacionadas con teoría de la Historia y no me resultaban ajenas. Cuando finalicé mis estudios yo quería trabajar en el área de historia económica e hice mi servicio social en el Archivo General de la Nación, en el ramo de temporalidades de los jesuitas, por lo que inicialmente pensé en realizar mi tesis sobre ese tema. Sin embargo, tenía muchísima información y no sabía cómo delimitar el trabajo, al final terminé trabajando en torno a la destrucción de las misiones de Sonora y Sinaloa después de la expulsión de los Jesuitas. Ya cuando ingresé a estudiar la maestría me pregunté, ¿qué pasó con las tierras de las misiones y con la sociedad? Motivo que me llevó a investigar sobre el proceso de privatización de la tenencia de la

tierra en Sonora desde 1740 hasta 1860. Analicé todo el ramo de Títulos Primordiales en el Archivo Histórico del Estado de Sonora.

En 1985 presenté mi concurso de oposición para entrar a la UAM, lo gané y el 8 de enero de 1986 firmé mi contrato como profesor asistente C, medio tiempo. En 1991 obtuve el grado de maestro y al poco tiempo, en específico en el mes de septiembre, entré al doctorado en Historia que ofrecía el Colegio de México. Las siguientes preguntas guiaron la investigación de doctorado: ¿quiénes gobiernan en Sonora y Sinaloa en el momento en que se aplican las Reformas Borbónicas, durante el proceso de la guerra de Independencia y durante el México independiente? ¿Y después del México independiente hasta la revolución mexicana? ¿Qué representación tenían los grupos de poder en la dinámica política estatal y cómo fueron construyendo la hacienda pública?

En ese lapso, con algunos de los miembros del área de Historia de México de la UAM-Azapotzalco, en particular la doctora Edelmira Ramírez, empezamos a plantear la idea de hacer un posgrado en Historia. El interés de Edelmira en ese tiempo era crear un posgrado en investigación histórica, no un posgrado en Historia en particular, sino como algo genérico en investigación histórica y para eso empezamos a invitar a una serie de personajes importantes para que nos hablaran sobre los fundamentos teóricos de la Historia. Entre los invitados estaban: Pilar Gonzalbo, Guillermo Zermeño, Marco Velázquez, Alfonso Mendiola y Guy Rozat, quienes poco a poco nos fueron metiendo en el debate en torno al giro lingüístico y a la historiografía. Pero en ese momento me fui a realizar mis estudios de doctorado (1991-

1994) y regresé justo cuando ocurrió la apertura del posgrado a finales del año 1994.

S: Una vez que nos compartió su formación, Saúl, nos gustaría que hablara sobre los inicios del posgrado en Historiografía.

SJ: En el mes de octubre de 1994 se realizó el primer Encuentro de Historiografía para recibir a la primera generación. Hay que recordar, además, que el posgrado fue diseñado para cursarse a distancia, modalidad que tenía sus dificultades. Por ejemplo, hacíamos los encuentros de estudiantes y ahí les teníamos que entregar las antologías en físico, en papel. Para ello Silvia Pappé y yo fotocopiábamos directamente los materiales, porque cuando los enviábamos a fotocopiar generalmente nos llegaban las páginas revueltas y era muy complicado organizarlas. Así fue que decidimos fotocopiarlas nosotros y engargolarlas para tener todo el material para el trimestre siguiente.

Para septiembre del año siguiente, 1995, a la coordinadora no le gustó la dinámica que iba adquiriendo el debate en torno a lo que entendíamos por historiografía. Eran dos visiones distintas, un grupo pensaba que las materias de metodología eran justamente eso, un método para decirle a los alumnos los pasos del 1 al 10 para hacer historiografía. Mientras tanto, otros considerábamos que los alumnos deberían de entender cómo se construye el discurso histórico, qué es lo que habían pensado diversos teóricos al respecto. Además, hacer conciencia que esa visión cambia con el tiempo. Entonces, necesitábamos comprender esas diversas concepciones de tiempo, espacio y discurso histórico, coordinadas básicas en el debate en torno a la posibilidad del conocimiento histórico. Además de otros aspectos relacionados como: sujeto, género, discurso, formato.

Luego de una auscultación con la planta académica del posgrado sobre quién querían que fuera el coordinador o coordinadora, la mayoría votó porque yo fuera el coordinador. Mi formación académica me sirvió en muchos sentidos, pues el que yo haya transitado de la historia más tradicional de la destrucción de las misiones de Sonora y Sinaloa a una historia económica y luego a una historia política, me planteó la necesidad de trabajar con marcos teóricos muy distintos para poder entender cada una de esas dimensiones. Un segundo aspecto relevante es que todos los cursos que llevamos fueron para mí muy significativos porque cuando salí de la licenciatura pensaba que con el materialismo histórico se podía entender absolutamente todo y de pronto tomé conciencia de que no es así. Cuando posees un marco tan rígido parece que la realidad es la que se tiene que ajustar a tu marco teórico y no ves la complejidad de la realidad y, por tanto, no se entienden las diversas dimensiones implicadas. A lo mejor algunas sí tienen que ver con el asunto de clase, con el capitalismo, en fin, pero otras tienen que ver con ámbitos muy distintos, como lo simbólico, las pasiones, la religión y con los muchos sentidos y significados que tienen las palabras y los conceptos.

Había que trazar, entonces, un campo de lo que entenderíamos por historiografía, que no era la historiografía tradicional que se hacía en la UNAM en esos años. Por ejemplo, en la década de 1990 esta institución publicó una colección de libros de historiografía de México, coordinada por Juan Ortega y Medina y Rosa Carmelo, en la que se privilegiaba la biografía, en segundo lugar se trataba de saber qué es lo que el autor quiso decir y cuál era el motor de la historia. La visión de Edmundo O'Gorman era más compleja pero sus seguidores la

convirtieron en un esquema. Entonces ¿qué es lo que planteábamos nosotros? entrar primero a los fundamentos teóricos, a las discusiones sobre el contexto, al espacio de enunciación y de recepción, a la construcción de discursos simbólicos y su representación.

L: El siguiente bloque tiene que ver con la consolidación del posgrado en Historiografía. ¿Nos podrías hablar de cómo viviste como coordinador este proceso, cómo lograron estructurar el primer plan de estudios y consolidar un núcleo básico de profesores?

SJ: Cuando llegué a la coordinación del posgrado teníamos este salón en el edificio P, pero no teníamos nada, sólo unas 20 mesitas binarias, el archivo estaba todo esparcido sobre esas mesas y también como unas 20 o 30 sillas de madera, ese era nuestro espacio. Conseguimos a través de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la unidad que una secretaria nos ayudara, sobre todo en el trabajo de archivo del posgrado. Eso en lo que respecta a los términos materiales.

En términos académicos pasaron dos cosas: la primera, yo siempre he creído en el trabajo colectivo, en el trabajo colegiado, por lo que organizamos el Seminario de Historiografía. En él discutíamos cada uno de los materiales y de los cuadernos de trabajo que se presentaban para las Unidades de Enseñanza y Aprendizaje (UEA). En cada trimestre debíamos tener cuando menos dos propuestas de los contenidos de cada UEA. Analizábamos la propuesta teórica, la bibliografía, el esquema de trabajo y así fuimos armando una estructura para los cuadernos del posgrado.

Lo que nos llevó a debatir sobre la teoría en torno a la historiografía y ese es el segundo punto que me parece muy relevante; tanto Silvia como yo siempre pensamos que la discusión no tendría que ser metodológica sino teórica y de hecho una de las primeras adecuaciones que hicimos al plan de estudios fue cambiar los nombres de las UEAs, que antes se llamaban metodología. Inicialmente había tres cuadernos de metodología: 1, 2 y 3, pero se los habían pedido a personas distintas, por lo que cada uno de ellos volvía sobre ciertas bases y no terminaba de armarse una concepción general sobre la teoría de la Historiografía. Cuando me tocó ser coordinador, le encargué a Silvia Pappe que elaborara una visión de conjunto para que en lo sucesivo los encargados de armar los cuadernos se ajustaran a la estructura teórica general. En ese plan de estudios de la Maestría en Historiografía de México había una serie de UEAs relacionadas con la historiografía colonial, con el siglo XIX y con el siglo XX. Aunque en realidad respecto al siglo XX nos quedábamos en la Revolución mexicana, porque costaba mucho trabajo avanzar más allá de los años cincuenta de la historiografía.

Ahí hubo otra discusión, ¿cómo vamos a dar las historiografías? porque si elegíamos una historiografía por autores era una cuenta de nunca acabar; por ejemplo, lo relacionado con historiografía colonial que abarca tres siglos la pregunta es ¿a qué autores incluyes, cuántos o qué criterios utilizas para determinarlos?. Hay que recordar que en la UAM tenemos un sistema trimestral, por lo que es imposible una visión enciclopédica, entonces, teníamos que ubicar cuáles eran las principales problemáticas que se discuten a lo largo de la colonia o del siglo XIX o del siglo XX.

Un tercer debate fue cuando tuvimos que determinar el campo de acción de la Historiografía. En una versión tradicional, la Historiografía es la historia de la Historia, entonces lo que tenemos que hacer es hablar de autores y corrientes. Entonces nos preguntamos ¿sólo podemos hablar de historiadores que a sí mismos se consideren historiadores o podemos considerar cualquier discurso con un sentido histórico? Cuando tú analizas los fundamentos teóricos del discurso histórico dices “pues eso también lo puedo aplicar para alguien que hizo sociología o para alguien que hace antropología o para alguien que no hizo ninguna de esas cosas pero construyó una ciudad con una visión fundamentalmente histórica” y tiene sentido. Lo que nosotros tratamos de ver no es qué es exactamente lo que quiso hacer el autor, sino cuál es el sentido de lo que ahí está dicho, dibujado o representado. Así el campo de acción de lo que podíamos hacer, investigar o indagar es mucho más amplio.

Esa propuesta tuvo una enorme resistencia sobre todo con colegas formados en una idea muy particular de la Historiografía, que era la historia de la Historia. Con algunos profesores de la UNAM fue prácticamente un choque de trenes. Nos preguntaban ¿cómo que quieren hacer historiografía de todo? Nuestra respuesta se basaba en señalar que en realidad todo está dentro de un espacio histórico y ese espacio histórico nosotros lo podemos comprender fundamentalmente a través del lenguaje.

Pero eso nos llevó a otra discusión, ¿cuál es nuestro archivo? Algunos de los críticos decían que la historiografía sólo trabajaba con fuentes secundarias, es decir autores que ya publicaron. Efectivamente éramos observadores de segundo orden, estábamos viendo una

observación ya hecha y nosotros analizamos eso, pero también podíamos elaborar observaciones de primer orden en la medida en que pudiéramos construir corpus documentales que nos permitieran a nosotros discutir otras cosas que quizá no han discutido los historiadores. Y esto repercute directamente en la manera que se entiende el archivo, ya que no es este espacio físico constituido, sino la realidad misma.

Entonces, tú vas a construir tu corpus documental de acuerdo a lo que tú quieres saber, a lo mejor pues sí quieres saber algo que aparece ya en el archivo o un libro, o un texto ya muy definido. Pero también puedes construirlo, sino no podríamos hacer, por ejemplo, todo este trabajo que hemos elaborado en algún momento sobre redes sociales, sobre construcción de otra serie de elementos que nos permiten conocer el sentido histórico desde otra perspectiva. Eso como que abrió el panorama muy fuerte.

El espacio de discusión con los colegas de la UAM y de otras instituciones eran los Encuentros que hacíamos cada dos años y, por supuesto, los materiales que empezamos a publicar. En algún momento, por ejemplo, discutimos los formatos, los géneros, qué tipo de discursos podrían ser susceptibles de ser analizados. Analizamos la obra de autores como Hayden White, Paul Ricoeur, Hans-Georg Gadamer. En todos esos eventos académicos siempre hubo debates de carácter teórico fuertes y esto nos permitió ir ampliando lo que nosotros estábamos entendiendo por Historiografía. Incluso en algún momento con María Luna escribimos un artículo un poco como para deslindarnos de otros tipos de estudios. Como ya señalé, el término Historiografía se refería a los libros de historia, como puede ser la historiografía sobre la

Revolución mexicana y ya. Entonces existía una definición aceptada por la comunidad sobre que la Historiografía era aquello que hacían los historiadores, ese era el sentido de lo que hacían en una institución como la UNAM. Nosotros, por su parte, le llamamos en ese momento a ese tipo de investigaciones “estudios historiográficos”, debido a que son estudios sobre autores que tienen un cierto sentido biográfico, pero que buscaban los elementos constitutivos de ese discurso.

Al estar ubicados en otro horizonte de discusión, nosotros optamos por definir el tipo de trabajo que buscábamos realizar como “historiografía crítica”, y con ello ampliamos el espectro de discursos que podíamos analizar. Buscamos distanciarnos de la idea de la historiografía como una subdisciplina de la Historia, porque eso la sujetaba únicamente al discurso historiográfico, y apostar por una versión mucho más amplia que nos permitía vincularnos con más cosas, digamos con la realidad misma. Entonces, ¿qué nos dijeron?, bueno “pues es que eso, en realidad, lo que están haciendo ustedes es historia cultural”, dijimos “no necesariamente, pero si fuera así tampoco es grave”. Incluso cuando escribimos este artículo nosotros pensábamos que la Historiografía podía constituirse en una disciplina propia, distinta de la de la Historia y después conforme fuimos avanzando llegamos a la conclusión de que eso no importaba. El lugar en el que estábamos era un campo de conocimiento complejo, interdisciplinario y, por ende, necesitábamos nutrarnos de aspectos teóricos para poder aportar al conocimiento historiográfico, que no es disciplinario porque las disciplinas en sí mismas a fines del siglo XX mostraban sus limitaciones para comprender la complejidad de la realidad. A nosotros nos interesaba más explicar la complejidad y menos definirlas en un campo

específico del conocimiento y así tener la posibilidad de analizar un conjunto más vasto de fenómenos sociales e históricos.

Por ejemplo, Álvaro Vázquez ha trabajado sobre asuntos visuales o Silvia Pappe se ha centrado en la literatura o yo que llegué a trabajar incluso obras sobre la arquitectura de las ciudades. Sin embargo, es importante señalar que esta forma de trabajo tuvo implicaciones de muy diverso tipo. La primera fue que cuando nos evaluaron en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT), pues nos evaluaban como una subdisciplina de la historia.

S: Sí, yo me acuerdo que para escoger en las publicaciones de CONACyT uno tenía que elegir Historia y luego subdisciplina Historiografía.

SJ: Exactamente. Eso hacía muy difícil que la evaluación del posgrado se realizara con cierta facilidad, ya que en algún momento se nos señaló que no sabíamos lo que estábamos haciendo, o que incluso no sabíamos lo que era la Historiografía (voces que venían, desde luego, de un horizonte más tradicional). Costó mucho trabajo y ahí fue muy importante la labor colectiva tanto al interior del propio posgrado, como en la forma en que fue cambiando la concepción de las ciencias históricas, pluralidad en la que entra la antropología, la sociología y demás en el contexto nacional. De pronto se dieron cuenta de que toda esta discusión sobre el giro lingüístico también les pegaba fuertemente a las otras ciencias sociales, a nosotros, y que el asunto de la historicidad es tan importante para cualquiera de las ciencias sociales y las humanidades. Que el aporte que nosotros estábamos haciendo de pronto también podía tener implicaciones relevantes para la formación de nuevos historiadores, y eso nos motivó a llevar ese debate a la a

RENALIHCA (Red Nacional de Licenciaturas en Historia y sus Cuerpos Académicos). Y así nos fuimos abriendo espacios en las otras ciencias sociales. .

En la década de 1990 éramos calificados como “posmodernos” y los raros del asunto; no obstante, para el 2010 prácticamente en todas las licenciaturas se incluía alguna parte de la discusión teórica de esos años. Se lee a Koselleck, por mencionar un autor, y se debate en torno al asunto de la narrativa. Por otro lado, trabajamos con diversos cuerpos académicos de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), la Universidad de Sonora (UniSon), la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Instituciones a las que fuimos a impartir cursos de historiografía. Formamos plantas académicas y muchos de los que estudiaron con nosotros, ya sea en la maestría o que tomaron los cursos, hoy en día son parte de esas instituciones y es una muestra de lo que el posgrado en Historiografía de la UAM-A ha aportado.

Otro asunto que también fue relevante en este proceso de consolidación institucional es que nuestro posgrado, como ya he mencionado, fue diseñado para funcionar a distancia. Y fue el primero en funcionar así en la UAM. Además logramos inscribir al posgrado en el Padrón Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC), venciendo el prejuicio de que los posgrados a distancia eran de baja calidad.

Entonces también realizamos un trabajo muy fuerte para demostrar que un sistema a distancia, bien planeado, con una estructura académica organizada, y con los suficientes materiales, podría funcionar como un posgrado de calidad. Costó trabajo, pero finalmente sí se logró que CONAHCyT nos aceptara como un posgrado de calidad, con esa

característica de ser a distancia. Para CONAHCyT un posgrado a distancia debía ser profesionalizante. Lo comparaban con otros posgrados que eran muy específicos y querían, por ejemplo, hacer un padrón especial para los posgrados de este tipo. Nosotros siempre nos mantuvimos dentro del espacio de posgrados de investigación, no nos metimos a la idea de un posgrado profesionalizante, no cambiamos, nosotros nos resistimos a entrar en esa categoría porque eso hubiera implicado cambios en la planta académica. Pero, por otro lado, también te exigía que tuviera el suficiente número de doctores y de miembros del Sistema Nacional de Investigadores para poder seguir siendo parte del padrón. Era contradictorio. Nosotros fuimos claros en nuestro objetivo de mantenernos como un posgrado de investigación de alto nivel y a distancia.

L: ¿Qué impacto tuvieron los Encuentros en los estudiantes y los profesores? Actualmente tenemos un encuentro trimestral para presentar nuestros avances, pero no sé si eso es desde el principio. Ahora nos juntamos por *Zoom*, cada 15 días o cada 20 días, pero en ese momento no existía ¿qué papel tenían los Encuentros?

SJ: Otro asunto que también es relevante en todo este proceso de consolidación es que todos los cuadernos de trabajo se convirtieron, posteriormente, en una colección de documentos e incluso estos han tenido un impacto que va más allá del propio posgrado. Por ejemplo, Silvia Pappe me parece que fue a dar un curso a Ciudad Juárez y de pronto ahí le dijeron “ah sí ya tenemos el material, lo tenemos acá fotocopiado”, y luego alguna vez nos invitaron a dar un curso en la Escuela Normal Superior, donde incluso cobraban el material y éste era una antología hecha con nuestros textos de aquí, del posgrado. E

incluso nos dieron un ejemplar: “¡ah! tengan, ese es del material que les estamos dando nosotros”, “¡no, oye pero si es nuestro material! Es piratería intelectual”. Bueno, pues ahí hicimos una serie de cosas. La otra parte de las publicaciones, ya lo había comentado, son producto de los Encuentros. Aunque es preciso mencionar que un conjunto importante de publicaciones se deben a las traducciones que hemos realizado, en particular de algunos textos alemanes. En este mismo sentido fue que invitamos a algunos teóricos importantes a la UAM-A, como Jörn Rusen, quien impartió un seminario a nuestra comunidad estudiantil. A raíz de esas actividades, y del contacto con ese investigador alemán, un estudiante llamado Aarón Grajeda se fue a estudiar a aquel país. A lo que voy con esto es que de a poco el material bibliográfico que se iba produciendo desde el posgrado en Historiografía adquiría mayor complejidad y densidad teórica, lo que visibilizaba aún más lo que como podíamos ofrecer a la comunidad académica.

S: Ya nos hablaste de las formas a través de las cuales el posgrado tuvo que lidiar con los retos administrativos y organizativos que la UAM imponía en aras de obtener el reconocimiento institucional. Pero también es interesante entender que hacía el exterior este posgrado comenzó a tener un cierto renombre o reconocimiento académico por parte de otras comunidades. ¿Qué nos puedes decir de las redes que empezaron a tejer con otras universidades, con otros cuerpos académicos del país.

SJ: Sí, nos empezaron a invitar a participar, fuimos a Campeche, Mérida, Tijuana, Sonora, Chihuahua, etcétera. Ya hoy podríamos decir que existe una red de discusión sobre historiografía. Anteriormente no,

la historiografía como tal, como teoría, era vista como una labor que hacían los filósofos.

S: En su opinión, ¿hubo resistencias en ese proceso? recuerdo un encuentro de historia regional en la Universidad Autónoma de Sinaloa en el que invitaron a Giovanni Levi y él expresó: “es que nosotros los historiadores hacemos preguntas, a eso nos dedicamos” y en la mesa de ponentes todos los trabajos que estaban presentando los alumnos eran historias regionales. Son diferentes tiempos, diferentes ritmos, según las universidades, según los programas, según las coordinaciones que van transformándose y a lo mejor en otros espacios del mundo ya esto está muy muy integrado y aquí todavía a veces hay resistencias.

SJ: Con relación a las historias regionales, en Sinaloa, en un Encuentro, decía “es que la gente está entendiendo como historia regional la historia de los estados y eso no es historia regional, las regiones se determinan por otros factores”. Para algunos historiadores es difícil desprenderse de ese prejuicio, la discusión sobre los prejuicios también es un asunto muy importante. Hay colegas que se dedican a hacer historia por cuestiones fundamentalmente patrióticas, nacionalistas, localistas y cuando tú le dices “es que tú tienes que tener responsabilidad ética sobre lo que dices”, es decir, una construcción histórica tiene consecuencias y tú tienes que asumir claramente cuáles van a ser esas consecuencias y si estás dispuesto a absorberlas pues está bien, pero no llares a la idea de que “pues esto yo lo hago porque soy muy objetivo o yo lo hago porque pues todo se vale”. Cada elemento tiene una dimensión ética que debe saber hacia dónde va esa consecuencia. Esa es otra discusión que ya la tuvimos en los últimos

encuentros y que también coincidimos con algunos otros autores en que es un debate relevante para las ciencias sociales y en particular para las humanidades.

L: Queda claro que los Encuentros eran eventos muy importantes para que los alumnos se conocieran entre sí, dialogaran de las cosas que estaban leyendo en estas gigantes antologías que se les daban y convivieran con sus profesores. O dicho de otra manera, era un momento para hacer comunidad. Pero es importante tomar en cuenta que muchos de los alumnos provenían de otras zonas del país y traían consigo otros bagajes intelectuales, otras formas de entender la historiografía. ¿Cómo fue el trabajo con estas primeras generaciones?, ¿les costaba mucho trabajo asimilar los conocimientos que se les estaban dando?

S: Sobre todo maestría y doctorado, a lo mejor la diferenciación.

SJ: La relación con los alumnos en un principio era muy compleja porque efectivamente la relación era mínima. Sí teníamos estos encuentros iniciales, les dábamos el material, se les decía más o menos cuál iba a ser la actividad durante el trimestre, con todas las fechas y la forma para las entregas, las cuales inicialmente serían a través del fax. Con el paso del tiempo el uso del correo electrónico fue más frecuente, y los documentos comenzaron a llegar por esta vía, eso para nosotros fue una maravilla.

En este sentido, también es relevante señalar que desde el principio entendimos que ser un posgrado a distancia implicaba tener una relación casi personal con cada uno de los alumnos. Teníamos estudiantes que decían “pues este es el único posgrado donde los

alumnos no tienen que perseguir a los profesores, sino los profesores persiguen a los alumnos”. De lo que se trataba era de mantenerse pendientes todo el tiempo de que siguieran trabajando, si no entregaban el trabajo pues se les mandaba un mensaje para recordarles. Así poco a poco se logró construir esa comunicación.

El otro punto complicado era el de la distancia y el acceso que podían tener a las lecturas en las ciudades en las que venían. Por mencionarte unos casos, en Mérida, en Sonora, en Sinaloa, prácticamente no había libros ni bibliotecas lo suficientemente actualizadas como para poder abordar toda la parte teórica de los cursos. Por eso era tan importante hacer las antologías, porque llegaba de pronto a alguien a Campeche y allá dónde conseguía las obras de Ricoeur, de Gadamer. Incluso nosotros teníamos alumnos y compañeros de Guadalajara que hacían expediciones a la Ciudad de México a comprar libros y de paso llevaban otros libros a otras personas. De ese tamaño era la escasez, obviamente no podías conseguir cosas en PDF o en algún otro formato digital.

El otro gran problema era la bibliografía complementaria, ya que no era tan fácil conseguirla en bibliotecas o librerías. Y si lo encontrabas en la biblioteca había que fotocopiarlo, en ese tiempo el negocio de las fotocopias aquí afuera era un súper negocio. Ya que todos los alumnos sacaban y sacaban fotocopias. Algunos de nuestros estudiantes que provenían de Durango se enfrentaron a cierto rechazo, ya que les llegaron a decir que iban a “estudiar una cosa que sólo hace la gente que no es un buen historiador, o sea, no quieren nada de archivo, quieren agarrar tres libritos.”

L: Estos libros no sólo eran difíciles de conseguir en las bibliotecas, ferias y librerías, además muchos de ellos estaban en proceso de traducción; por ejemplo, la Universidad Iberoamericana tradujo al español *La escritura de la historia* de Michel de Certeau en 1985, el Fondo de Cultura Económica (FCE) tradujo *Metahistoria* de Hayden White hasta 1991. Todo esto implicaba que muchas de las discusiones que en otros espacios se habían dado desde décadas atrás, en México resultaban aún nuevas o de difícil acceso. Y esto seguramente generó ciertas dificultades para entender la propuesta que desde el posgrado en Historiografía estaban impulsando.

SJ: Exacto. Nosotros estábamos como 20 o 30 años atrás en las discusiones que se habían dado en Europa o en Estados Unidos. En México, por ejemplo, el FCE había traducido el texto de Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, que originalmente se publicó en Inglaterra a principios de los años sesenta. Otros textos muy importantes sobre cómo se construyen las comunidades académicas fueron los de Imre Lakatos y luego el de Thomas Kuhn. Estos libros eran caros y difíciles de conseguir. Además, cuando llegó Kuhn se empezó a discutir fundamentalmente en la sociología, en la teoría del conocimiento y cuando nosotros lo empezamos a discutir desde la historiografía muchos colegas expresaron que “estos verdaderamente no tienen de dónde agarrarse y agarran casi cualquier cosa”.

Efectivamente, en otras partes del mundo estas discusiones eran antiguas y el diálogo se había extendido por muchas ramas. A nosotros de momento nos costaba trabajo tomarlas todas de conjunto porque teníamos que incorporar primero los fundamentos de la discusión y ya después sí podríamos entrar a la ramificación de esas discusiones de

carácter teórico. Era muy importante que los alumnos entendieran el contexto de la maestría, nosotros les dábamos los cursos los tres primeros trimestres, y los tres siguientes eran para la realización de la tesis. Entonces en la primera parte había mucho contenido, mucha discusión teórica, lo que servía para definir el proyecto de investigación y durante el año siguiente hacer realmente la tesis.

Después fuimos cambiando, incluso buscamos darles más acompañamiento a los alumnos para asegurar que terminaran en tiempo y forma, con las mejores condiciones. Todo eso estuvo unido a las discusiones teóricas, las publicaciones, traer autores nuevos, escribir; era verdaderamente un mundo efervescente en el que estábamos y yo creo que ahí fue muy importante la figura de Silvia Pappe con el seminario de Historiografía que sostuvimos mucho tiempo. Yo siempre he pensado que es la mejor manera de construir conocimiento. Ya después cuando no estuvimos ni Silvia ni yo el seminario desapareció, pero para mí era muy relevante.

S: Y en relación al cambio hacia el doctorado, ¿hubo alguna modificación relevante en el proceso de dejar de ser solo maestría?

SJ: Ocurrieron varias cosas respecto a los estudiantes. Nos dimos cuenta que teníamos varias limitantes al sujetar el posgrado a un espacio, México o el continente americano. Si alguien analiza algún texto historiográfico igual te lleva a la Francia de la ilustración, al marxismo del siglo XIX o del siglo XX o te lleva a cualquier espacio teórico. Al mismo tiempo, ampliamos los objetos de investigación, ¿por qué ocuparnos sólo de México si también podríamos trabajar América Latina o Europa o cualquier espacio? Pero para dar este paso, necesitábamos tener a los asesores necesarios para poderle entrar a otro

tipo de temáticas o problemáticas. La otra era que el enfoque teórico para que pudiera dar resultados necesitaba verse en una perspectiva mucho más amplia, y no sólo en una perspectiva que tuviera que ver con el desglose de cada una de las corrientes historiográficas, sino a partir de problemáticas historiográficas que nos permitieran ver otras cosas. Luego, conforme fuimos analizando toda la producción de las tesis del posgrado nos dimos cuenta que teníamos investigaciones fundamentalmente en tres campos: la historiografía cultural, lo teórico y en la historiografía política. Entonces decidimos abrir esas tres grandes líneas.

Inicialmente pensamos un programa con especialización, maestría y doctorado. ¿Cuáles eran los objetivos?, en ese tiempo estaba la exigencia de especializar a los profesores de educación media, incluso les contaba como parte de su carrera magisterial, por eso pensamos en abrir un espacio de profesionalización, que era la especialización, el cual iba a durar un año y luego esa especialización podía estar ligada a una maestría, que es de dos años, y por último un doctorado de tres años. Inicialmente el doctorado estaba planteado de tres años. Hicimos nuevamente todo el plan de estudio, se cambió y metimos la modificación que era la supresión de la maestría y la creación de un nuevo posgrado con tres niveles. Se aprobó y tuvimos una primera generación con muy pocos alumnos en la especialización, más en la maestría y luego en el doctorado.

L: ¿Existió el caso de alumnos de la maestría que regresaran al doctorado?

SJ: Tuvimos un alumno que estuvo en la especialización, en la maestría y en el doctorado, se llamaba Antonio. Además existieron otros

alumnos que estuvieron en maestría y doctorado, como Alberto Rivero Mora, que provenía de sociología. También está el caso de Margarita Olvera, ella es de la segunda generación de la maestría y se esperó a que abriéramos el doctorado. Sin embargo, después nos dimos cuenta de que se había perdido el interés en la especialización porque la Secretaría de Educación Pública (SEP) dejó de fomentar que los profesores tomaran una especialización. Para ese momento teníamos pocos alumnos y luego CONACYT empezó a exigir que tuviéramos más estudiante ligados al mercado laboral adecuado a ese nivel del posgrado. Entonces eso implicaba pensar en una planta académica distinta, con profesores de tiempo parcial, que dieran clase aquí y trabajaran en algún museo, teatro o empresas. Por esta razón, más adelante, decidimos suprimir el nivel de especialización y quedarnos sólo con el de maestría y doctorado.

Al principio nosotros contamos con alumnos que habían optado por esa opción, porque, por ejemplo, alguien de San Luis Potosí se puede seguir quedando allá, venir de vez en cuando a Ciudad de México y tener una formación completa. Y conforme la tecnología fue avanzando pues ya no solo teníamos el fax, ya teníamos el correo electrónico, además los encuentros siempre los hicimos presenciales, la gente tenía que venir acá y nuestro radio de acción se volvió bastante grande. Incluso hemos tenido algunos estudiantes extranjeros, fundamentalmente de Colombia y de Brasil. También se ha generado una movilidad estudiantil importante. Todo esto genera una dinámica de un posgrado que está al día, que puede discutir con problemáticas aquí y allá, y que sus alumnos son bien recibidos en los espacios a donde

van. Muchos de ellos están concursando plazas académicas en diversas instituciones universitarias y eso es muy bueno.

L: Sabemos que la beca CONACYT es algo que permite a los posgrados asegurar que sus alumnos presenten una tesis o ICR (Idonea Comunicación de Resultados) satisfactoria porque pueden dedicarse de tiempo completo. Y si bien este no es un posgrado escolarizado, sí requiere el tiempo completo de dedicación, ¿cómo ha sido la relación con el PNPC y la beca CONAHCyT?

SJ: La primera y la segunda generación no tuvieron becas, aunque en esos años teníamos alumnos que contaban con mayor experiencia en el campo laboral, ya que eran personas que, en general, rebasaban los 30 años de edad. Estábamos en una época en donde la gente terminaba de estudiar la maestría como a los 30, 32 años y luego ya se metían a un doctorado. Incluso cuando teníamos sólo la maestría nuestro promedio de edad estaba arriba de los 30 años. Después, CONAHCyT empezó a presionar para tener jóvenes doctores, estableció la meta de tener jóvenes doctores de 27 años y nosotros casi lo logramos: tuvimos alumnos como Alejandro Gutiérrez, que llegó de 24 aquí y salió como de 29 ya con la tesis y todo concluido. Entonces la idea era “formar jóvenes doctores que terminaran su formación en las estancias posdoctorales”. Pero eso implicaba que quienes venían a los posgrados tenían necesariamente que dedicarse de tiempo completo y no podían trabajar, entonces para nosotros era muy importante tener la beca de CONAHCyT. Cuando conseguimos que entrara la maestría al padrón de CONAHCyT el perfil cambió, venía gente más joven, con una idea de formación muy distinta de quienes habían formado parte de las primeras dos generaciones. En algún momento nos sacaron del

padrón y la UAM dio las becas para los estudiantes de nuestro posgrado. No obstante, al año siguiente volvimos a hacer la réplica y entramos. No ha sido sencillo, con el tiempo nosotros hicimos algunos arreglos al posgrado, empezamos a trabajar los comités de tesis, le dimos un seguimiento más fuerte e incluso se incluyeron sesiones presenciales, como las que ahora se hacen vía *Zoom*, presencial o híbrida. Tenemos una relación más estrecha con los alumnos para llevar mayor seguimiento. Ahora nuestro posgrado está consolidado, está fuerte dentro del CONAHCyT porque tiene la rigurosidad necesaria para los procesos de ingreso, una planta académica constante, suficiente y habilitada, con los grados académicos y los reconocimientos necesarios, con suficiente producción académica.

Otro punto importante era que nuestros egresados se titularan en tiempo y forma. Inicialmente se les daba un plazo de un año más, en el caso de los estudiantes de doctorado, luego lo redujeron a seis meses. Ahí fue cuando cambiamos el posgrado de tres a cuatro años porque en alguna de tantas reuniones con CONAHCyT nos dijeron “si sus alumnos se llevan cuatro años en hacer una tesis, pues pónganle cuatro años al plan de estudios”, nosotros y muchos otros posgrados queríamos que fueran tres años y luego que les dieran un año más de beca, se negaron y se aumentó de tres a cuatro años.

De pronto tiene una razón concreta de ser, se debe mantener la relación entre la calidad del posgrado, lo que ofrecemos como comunidad académica, lo que los alumnos realizan como tesis y cumplir con el tiempo y forma del CONAHCyT. Es un equilibrio complicado, pero se ha podido mantener porque las nuevas generaciones se dedican fundamentalmente al posgrado, trabajan muy duramente. Hoy en día,

según CONAHCyT, tú puedes trabajar siempre y cuando cumplas en el posgrado, antes las instituciones estaban obligadas a decir “el alumno está trabajando”, y con eso te podían quitar la beca. Antes era el posgrado quien postulaba a los alumnos para las becas, ahora los alumnos se postulan directamente en el CONAHCyT y este decide si las dan o no. Parece ser que lo que establecieron fue cuotas por universidades. Entonces, por ejemplo, a la UAM le dice “te voy a dar, por decir algo, 300 becas y tu repartes entre tus posgrados”, entonces bueno pues ahí funciona directo para el alumno y muy indirecto para los posgrados.

L: Sí. Esta cualidad de ser un posgrado a distancia los ha obligado a innovar este sistema tutorial, no muy común dentro de la UAM, y esto ha tenido resultados positivos, sobre todo si pensamos en el diálogo que es posible establecer con otros académicos y con otras universidades, ya que los comités tutorales casi siempre incluyen profesores externos.

SJ: Sí, la propuesta se ha ido mejorando en muchos sentidos, en parte nos lo ha permitido mucho la tecnología porque de pronto podemos invitar a un examen de grado a un colega de Argentina o de Brasil o de todas estas redes que nosotros tenemos. También nos permite genera vínculos con los alumnos, unos vienen hacia la UAM, mientras que otros se van a otras universidades. Además, procuramos crear un espíritu de generación, que se reconozcan entre sí, que mantengan comunicación, de tal manera que no haga falta tanto la figura del profesor. Y esto genera que en muchas ocasiones los propios estudiantes resuelvan algunas problemáticas que pueden presentarse.

Por ejemplo, la propuesta del Seminario de Cultura política surgió de los alumnos de la generación 2009-2013 del doctorado, a ellos les pareció muy interesante la UEA y quisieron seguir trabajando. Los contenidos de la asignatura los habíamos preparado entre Miguel Hernández y yo, ya que él estaba en una estancia posdoctoral conmigo. Organizamos el cuaderno, un proyecto de investigación y ese seminario que está funcionando desde 2009, Este espacio ha recibido financiamiento y ha publicado varios libros. Ya tiene vida propia y eso es producto de la iniciativa de los alumnos. Yo creo que eso es muy importante, pues en general en el posgrado siempre hemos tenido la disposición para integrar a los alumnos, a los compañeros, a los colegas de otras instituciones. Lo que ha permitido ganar presencia en otros espacios académicos, debido a que tenemos esa facilidad para construir nuevos lazos de comunicación.

L: Para cerrar este segundo bloque, nos gustaría preguntarte ¿cómo fue la conformación del cuerpo académico durante los primeros años del posgrado?

SJ: Este es un punto que también es muy importante, que tiene que ver incluso con lo pragmático del posgrado. Antes de que culminara sus estudios la primera generación, un grupo de compañeras profesoras se retiraron del posgrado y nos quedamos a cargo Silvia Pappé, Carmen Valdez, un ayudante de servicio social, y yo. Frente a esa emergencia urgía conseguir profesores que se unieran a la planta docente para enfrentar a la segunda generación, por ello invité a algunos colegas a incorporarse al posgrado. Por ejemplo, a María Luna la invitamos a través de un programa de financiamiento de la SEP para que impartiera los cursos de historiografía del siglo XIX, Nicolás Cárdenas de la UAM

Xochimilco hizo lo propio con los cursos sobre siglo XX, mientras que a Cuauhtémoc Hernández lo invitamos a dar los cursos sobre siglo XIX también. Empecé a tejer una red en la que a través de plazas temporales y de profesores invitados logramos atender a la primera y segunda generación. Ante esta situación platicamos con la jefa del departamento y la directora de la división para que nos apoyaran. La jefa del departamento, en ese entonces Begoña Arteta, entre 1997 a 2002, hizo una reestructuración de plazas y nos consiguió seis tiempos completos para convocar a los concursos de oposición.

A través de esas plazas entraron varios profesores que hasta hoy se mantienen como integrantes del posgrado. Tenemos a Álvaro Vázquez, que cuando llegó metió toda la discusión sobre el cine, la imagen y demás aspectos visuales importantes. También fue importante la entrada de Danna Levín con toda la discusión sobre la idea de identidad y la construcción de identidades desde un enfoque antropológico. Por esos años también se unió el profesor José Ronzón, quien ingresó con un tema de investigación para el ensayo del posgrado sobre la imagen y la historiografía. De hecho ese fue el tema de un artículo que después escribió. Posteriormente se ha dedicado a trabajar sobre el Caribe, pero con una visión historiográfica y a la discusión sobre estudios de género. Además, con estas plazas que se abrieron a finales de los noventa y principios de los años dos mil ingresaron profesores de tiempo completo como Cuauhtémoc Hernández, María Luna Argudín y Leonardo Martínez Carrizales.

A la par del ingreso de estos nuevos profesores también hemos contado durante varios años con el apoyo de investigadores externos a la UAM, como es el caso de Alfonso Mendiola, adscrito a la Universidad

Iberoamericana. Su trabajo fue muy relevante, sobre todo a través de una serie de artículos que empezó a publicar en la revista *Historia y Grafía*. Sin olvidar, desde luego, su trabajo de tesis doctoral en el que analizó la figura de Bernal Díaz del Castillo y que iba muy en el sentido de tratar de entender cuál es el sentido del texto de este autor. También trabajamos con Guy Rozat, quien nos metió a la discusiones sobre la conquista, la colonia, la construcción de instituciones como el INAH o pensar historiográficamente el museo de antropología. En suma, fue clave para entrar a problemáticas historiográficas de distinto orden y naturaleza.

S: como semiótica incluso...

SJ: Exacto, de pronto necesitas no sólo ser buen observador, sino contar con elementos de la semiótica, entender el sentido de las cosas. Ahora ¿a eso le vas a llamar estudios semióticos- historiográficos? ¿se lo incluyes dentro de esa concepción general? Marcos Velázquez realmente fue el que nos dijo “no hay en otra parte del país un posgrado en historiografía, en realidad, ustedes pueden ser los pioneros”. Con él mantuvimos una relación muy importante, digamos que la concepción en estricto sentido de hacer un posgrado en historiografía fue una orientación de él y que los demás quisimos entrarle a esa orientación. Luego estaba aquí un profesor que se llamaba Humberto Martínez, de formación filósofo, y él era parte del grupo que trabajaba sesiones teóricas, las cuales fueron muy importantes para la primera generación, para la elaboración de los cuadernos de metodología. Después él se fue a Nuevo León y ya se desligó del posgrado, pero fue también un personaje importante para nosotros. Estuvo también de manera muy cercana Nicolás Cárdenas, profesor de la UAM-Xochimilco. Casos

como este último son ejemplo de una emergencia, de la falta de profesores de tiempo completo en la UAM Azcapotzalco, por lo que invitábamos a amigos, conocidos, mientras se iban llenando los espacios que abrió después el departamento.

No se me puede olvidar Martha Ortega, pues también ha sido una figura muy importante. Ella es profesora de la UAM-Iztapalapa, experta en historiografía colonial y en la historia de Rusia. Esto le permite dirigir tesis que quizá ninguno de los integrantes de la planta académica puede, sobre todo por esa formación distinta que tiene.

Además hemos tenido colaboraciones con profesores extranjeros; por ejemplo la participación de Rüsen en el seminario de teoría y después nos autorizó a publicar sus textos y sin cobrar nada por derechos de autor. Esa colaboración fue importante, ya que esas traducciones nos permitieron insertar en la discusión mexicana un autor que era poco conocido, aunque en Alemania era una figura muy reconocida. A través del Seminario de Cultura Política también invitamos a Elías Palti. Con él trabajamos en dos sentidos: teoría de la historia e historiografía política, fundamentalmente del siglo XIX. Luego invitamos a Javier Fernández Sebastián, investigador del país vasco. En fin, hemos traído a profesores de países como Argentina y Brasil, lo que ha permitido seguir construyendo redes de investigación que a nosotros nos alimentan y que benefician de alguna manera a los alumnos y a la propia institución, en la medida en que le dan una presencia ya no sólo nacional. Cuando empezamos éramos nacionales pero hoy en día tenemos una presencia internacional y nos reconocen.

L: Bueno, el último bloque es sobre los aportes teóricos del posgrado. Después de treinta años en los que se ha desarrollado el

posgrado, ¿cuáles son los principales aportes teóricos de la historiografía crítica y del posgrado en Historiografía de la UAM-Azcapotzalco?

SJ: Bueno, en un primer momento, como ya les había comentado, había necesidad de deslindarnos de otras maneras de hacer historiografía y también eliminar la idea de que la Historiografía era una subdisciplina de la Historia, sobre todo porque lo que planteamos como trabajo central era analizar la historicidad de todos los discursos y eso era una actividad distinta de hacer la historia de la Historia.

Otro asunto fue que entramos de lleno al debate en torno a la posibilidad del conocimiento histórico, por lo que leímos e inscribimos a nuestro posgrado en los debates más relevantes de la teoría de la historia. Nos deslindamos de la idea de que reflexionar sobre el quehacer histórico era un asunto que competía a los filósofos y no a los historiadores, ya que estos últimos debían habilitarse para manejar los archivos y a partir de ahí armar una narración. Nuestro enfoque era poner en el centro de la formación esencialmente la teoría, para hacer conciencia del papel que jugamos en la construcción del conocimiento y sus límites. Nuestro trabajo era poder explicar el sentido de los discursos que analizábamos, es decir, estábamos muy lejos del debate entre historia y verdad. Asimismo, nos cuestionamos la idea de archivo, para nosotros el archivo está en permanente construcción, no son solo los repositorios de documentos en alguna institución del Estado. El archivo es la realidad misma.

Bajo esta perspectiva el historiógrafo debe dudar y preguntar sobre todo lo que tiene enfrente ¿qué me quiere decir tal color, tal manera de interpretar la realidad, tal manera de entender la historia de

México? Yo creo que en este siglo XXI estamos en la posibilidad de entender no sólo una sino varias posibilidades con un espíritu crítico, Es decir, nos desprendimos de la discusión sobre si eso es verdad o no y entramos a la discusión de cuál es el sentido de eso y qué sentido se le da a eso en el tiempo, porque hay cosas que tienen un sentido en la década de 1970, como la idea de revolución, del ser revolucionario y otro muy distinto al que va a tener en la década de 1990, después de la caída del muro de Berlín. ¿Es más revolucionario el que tira el muro de Berlín que aquel que quería destruir el capitalismo?

De relevancia fue tomar conciencia de la historicidad de la teoría; determinadas teorías son para un tiempo y un lugar y son sujetas a los mismos procesos de historicidad que todo tipo de conocimiento, por lo que no hay una teoría de la historia. Esto plantea una complicación importante, los fenómenos que analizamos tienen una historicidad y corresponden a diversos paradigmas teóricos o prácticos. Establecer un momento de análisis es parte del proceso de construcción del problema de investigación historiográfico.

Otro asunto que también tiene que ver con los aportes del posgrado, y un poco lo que hemos estado discutiendo acá durante mucho tiempo, es que hemos entendido que la realidad es esencialmente compleja, que es imposible conocer la totalidad, la totalidad es imposible. No podemos conocer el todo, porque el todo también va cambiando con el tiempo, entonces lo que nosotros podemos hacer, y creo que es lo que hacemos en general, es plantear preguntas pertinentes según el tiempo en el que estamos, esa es nuestra tarea y eso es lo que podemos hacer medianamente bien, todo lo demás finalmente es una especie de vanidad, de querer conocer todo. No se puede, es imposible.

Otro punto que está relacionado con estos apuntes generales es el asunto de que el conocimiento es esencialmente subjetivo. Pues como decían las corrientes posmodernas, la subjetividad es el elemento dominante en la construcción de significados y significantes. O sea, en realidad todo lo hacemos porque partimos del sujeto y nosotros como investigadores somos sujetos. Entonces estamos ahí y es importante tener conciencia de nuestra subjetividad, ya que no podemos pensar que porque somos científicos sociales o científicos de las ciencias duras podemos construir un conocimiento neutro, eso no existe, el conocimiento siempre tiene de alguna manera una orientación, desde la temática que elegimos para investigar hasta los resultados que damos.

En referencia a lo que hablamos antes, sobre los usos de la Historia o de la Historiografía, pues generalmente ha tenido una serie de abusos fundamentalmente políticos. Hoy en día está el ejemplo de Paco Ignacio Taibo II o Pedro Salmerón, que construyen un tipo de conocimiento histórico que sirve para fines esencialmente políticos, entonces si nosotros construimos eso nos contratan pasado mañana para hacer tal o cual cosa y no tenemos conciencia de eso o fingimos no tener conciencia de ese uso, estamos faltando a la ética ¿a cuál ética? a la nuestra como persona. Porque yo estoy diciendo algo en lo que no creo, pero me pagan o al revés, finjo que soy un súper científico objetivo y no sé si eso tiene consecuencias. Eso ya lo hemos visto con cosas terribles como las bombas atómicas, por lo que creo que esa discusión sobre la conciencia de la construcción del discurso histórico es fundamental para cualquiera que se dedique a la ciencia, en particular a las ciencias sociales y las humanidades y en nuestro caso a la Historia y a la Historiografía.

Presentismo y distancia histórica fueron otros asuntos en los que debatimos. ¿Qué es la distancia histórica? ¿Lo que ocurrió hace 30 años, hace 50, hace 100 o lo que ocurrió el día de ayer?, ¿qué es lo que nos da la distancia? La distancia nos la da el enfoque y la conciencia histórica de lo que estamos haciendo, no los 100 años de distancia, porque hoy en día ustedes hablan de la historia del siglo XIX en México y sigue siendo una historia estrictamente politizada y utilizada. Por ejemplo, el caso del ex presidente López Obrador para justificar “x” o “y” o para atacar a fulanito o perenganito. O el debate en torno a la conquista sigue siendo tan polémico y político como lo fue en el siglo XIX. ¿Todas estas discusiones son políticas? sí, son políticas ¿tiene que ver con subjetividades? por supuesto que sí y entonces las distancias no te las da la distancia temporal, te la da el enfoque y la conciencia histórica de lo que estás haciendo.

Esto es muy interesante, tiene que ver también con el tiempo en el que estamos viviendo, en el que estamos entendiendo que el tiempo no es el mismo para todos, y que las concepciones de lo histórico social también son diferentes, es decir, no es lo mismo estar ligado a un partido, estar en una universidad como la UAM o estar en este instituto de investigaciones. Por ejemplo, alguien que está en un instituto de investigación está más enfocado a un grupo, un sector, una particularidad que lo lleva incluso a conclusiones mucho más radicales o al revés, a lo mejor nosotros que estamos en universidades públicas estamos más vinculados con “A”, “B” o “Z”. Lo que quiero decir es que no podemos partir de ninguna manera ni del prejuicio, ni de la calificación, ni de etiquetar a cada una de esas personas que participan en la construcción del conocimiento, somos distintos y trabajamos

desde espacios distintos. No es lo mismo la formación de historiador en el caso de Michoacán, o de Guadalajara como nos decía Adrien Charlois, o en el caso de alguien que ha vivido toda su vida en Veracruz y que a lo mejor para ellos el asunto de la negritud puede ser un problema de investigación fundamental. Sobre las dimensiones, a lo mejor a mí me interesa la localidad, me interesa el barrio, me interesa analizar qué pasa en el barrio de Tepito o en mi colonia y a lo mejor a alguien le interesa América Latina o a alguien le interesa la relación intercontinental. ¿Entonces qué es lo que tenemos que entender? Que el conocimiento histórico es complejo, es dinámico, es histórico esencialmente y que probablemente lo que hoy en día estemos pensando, como que llegamos a ciertos escalones de un lado o de otro, pasado mañana alguien justamente con la lupa de la de la historicidad va a decir: “Ah mira, lo que pensaban en los veintes del siglo XXI cuando usaban *Zoom*”.

Creo que la enseñanza mayor, no solo para la Historiografía, es que hemos aprendido que la complejidad es fundamental, que entendamos ese nivel, ese espacio que es la interconectividad que tenemos nosotros con el resto del planeta, tanto ideológica como física y económicamente. Estamos en una interconexión que no la podemos sujetar a un solo espacio y tenemos que tener conciencia que cuando nosotros estudiamos algo lo limitamos con fines de estudio. La realidad es otra, es caótica, compleja y es caótica porque es un tipo de organización que de pronto no le vemos un sentido, pero lo tiene, con sus flujos y sus movimientos, entonces esa manera de entender es lo que nosotros hemos denominado historiografía crítica y es lo que tratamos de enseñar en este posgrado, esa es nuestra contribución.

S: En realidad ya hemos abarcado casi todo lo que se pensaba en el aporte teórico del posgrado, pero si pensáramos como en bloque estos treinta años de trabajo del posgrado que ya son muchas generaciones, ahora que ya fue el décimo cuarto Encuentro Internacional de Historiografía ¿hasta dónde hay una sensación de satisfacción con estos treinta años, o la necesidad de plantear nuevas preguntas? ¿Es posible hacer un balance sobre los nuevos temas y problemas, sobre las limitantes o sobre lo que ya se ha trabajado?

SJ: Exactamente, sí. Pues yo creo que lo que hemos hecho hasta ahora es muy satisfactorio en muchos sentidos, nos faltan muchas cosas por construir, por debatir, es cierto. Por ejemplo, yo comentaba con Silvia Pappe que uno de los temas que se nos ha quedado siempre en el tintero es el asunto de la discusión sobre la recepción del discurso historiográfico. La mayor parte del debate que viene sobre la recepción es en dos líneas: una parte viene por la recepción literaria y todo esta discusión sobre que cualquier interpretación es válida, en la medida en que yo la sostengo. Era lo que decía Humberto Eco en *Obra abierta*, ya más adelante él en otro texto dice “bueno no, realmente sí hay límites en la interpretación” y él mismo empieza a plantear las posibilidades de la interpretación. Para el caso del discurso historiográfico, los limitantes son más fuertes porque sí tenemos una academia que sanciona, sí tenemos una práctica profesional específica y, por el otro lado, también tenemos espacios dominantes del conocimiento, entonces podemos hablar de Francia en algún momento, de Estados Unidos en otro, depende el tipo de historiografía que se haya hecho, o la Ciudad de México con respecto a los otros estados de la de la República ¿no? o Guadalajara respecto a Occidente, de pronto pues se convierte como en

los espacios dominantes, digamos. Quizás nos falta trabajar la discusión relacionada con Lakatos y Kuhn sobre estas maneras de construir el conocimiento que tenemos en el mundo occidental y en particular en nuestros espacios en México. Luego la otra cosa que también se ha planteado pero no se ha profundizado en nuestro posgrado, es esta relación tan importante entre memoria e historia, que ahí está presente, que sale en algunas de las tesis, pero que requeriríamos quizá un poco más de elementos antropológicos para poderlos tratar. Por otro lado, creo que una de las problemáticas más importantes en este momento, en que se están desvaneciendo las barreras disciplinarias, es la construcción de una especie de conocimiento histórico social que abarca prácticamente cualquier tipo de conocimiento. Entonces creo que por ahí hay muchas cosas que todavía podemos trabajar. Otro tema es que también durante mucho tiempo la historiografía estuvo muy desligada del presente, de la actualidad ¿no? y hoy en día creo que tenemos tanto herramientas teóricas como instrumentos para poder aprender esa realidad y toda esta discusión que ya les había comentado sobre la distancia creo que ha resuelto ese problema. Quizá la única diferencia sería que cuando tratabas elementos del siglo pasado, o con mucha distancia, podrías plantear el fin de ese acontecimiento, digamos construir una narrativa que nos iba a llevar de principio a fin y aquí, en cambio, lo más seguro es que vas a plantear una posibilidad completamente abierta, pero que también es otra manera de terminar. Creo que hay mucho futuro por ver y que siempre habrá preguntas nuevas que hacer, entonces yo creo que esas preguntas nuevas les quedan a las generaciones que vienen. Nosotros creo que pudimos construir este primer espacio de reflexión, desde acá, desde Azcapotzalco y el norte de la Ciudad de México. Y pues sí, con mucho

esfuerzo, mucha tenacidad de quienes hemos estado participando en el posgrado.

S: Creo que con esto podríamos cerrar esta entrevista que ha sido muy buena y que pienso que fue disfrutada por todos, muchísimas gracias por tu tiempo Saúl y por no escatimar en explicarnos, en contarnos todo ese proceso que dio lugar a lo que ahora conocemos como el posgrado en Historiografía de la UAM Azcapotzalco. Ha sido un honor estar aquí sentados a tu lado.